

# Tierra y Libertad

## EL PELIGRO ROJO

En aquella Academia se enseñaban los idiomas de más circulación. En el centro de París estaba, y allí nos reuníamos el equipo de profesores dispuestos a disertar sobre el presente de sujuntivo en los idiomas continentales e isleños.

Mis aspejos hubieran formado el grupo más pintoresco del mundo si hubieran podido reunirse todos a la misma hora: intérpretes de ambos sexos, dependientes de comercio; empacados de casaca de exportación; turistas en potencia; grises de corazón entre lirico y burlasco; el sastre de un tal Guierrez, cuyo Guierrez era fiubéu Darro, a quien el mundillo literario no reconocía hasta que fué diplomático, como diplomáticamente me fue en consideración más que por los versos; la mujer histerica que escribía; el inglés que quiere ir a Sevilla o a Jerez; el alemán que tratea con los países de habla castellana de América; el suizo que trata de ampliar sus posibilidades de pongoña; el letrado francés que interviene en litigios internacionales sobre herencias y tiene todavía un aire de personaje de Balzac; el hispanista suizo que aterriza en París y entiendo una comedia de Lope de Vega, pero que no sabe saludar en castellano; el setordillo que dice *agora* como en tiempo de los judíos españoles se decía en España y quiere interpretar el barroco de Sanamona; rimos de mirada viva y serenidad pensativa; doctoras en la ciencia del pendiente; inventores perpetuos, encanecidos en los concursos Lepine y personajes misteriosos capaces de aprender el español como se aprende algunas veces el valor de los naipes; para hacer solitarios.

La Academia tenía también clientes del mundillo político. El propio Poincaré aprendió, muy torpemente por cierto, unas cuantas frases castellanas en aquel centro, como un conde polaco que salía a clase vestido con pantalón bombacho turco y zanahorra feudal y patriarcal, un verdadero patán. Las jovencitas de Montmartre que se ganaban la vida y practicaban el idioma castellano después de trabajar consumidas por una jornada agotadora, eran inteligentes vivas y aplicadas. El conde polaco, figuraba entre los prestigios diplomáticos, pero era tonto como un cerrojo, según me demostró en las lecciones y le dije repetidamente.

—Tendrá usted que ir a la calle de Solferino, número tantos, en días alternos, de siete a ocho de la noche—me dijo el director.

—A dar lección a Carlota Humbert?

—Sí, señor... Ahí tiene la lista.

La calle de Solferino está muy cerca del Sena y del barquero Caroné, que acecha en la orilla como un genio de las pulmonías. Me abrigué no muy convenientemente y a las siete en punto de una noche otoñal me presenté a una camarera de Carlota Humbert. La camarera me acompañó hasta la estancia donde me esperaba la discípula. Iba yo con el cheque obligatorio de los profesores y estaba como para que me fusilaran.

Describir aquella estancia supone cierta cantidad de habitual transeunte por los dominios de Plutón. El damascan de los paredes era rojo y roja la pantalla de sobre mesa; rojos los muebles, rojo el techo, roja la alfombra. Quedé enrojecido por completo.

Carlota Humbert llevaba un kimono rojo, joyas rojas, pendientes rojos, medias y buchas rojas. Para completar aquel alarde extremista, la salamandra del saloncillo estaba al rojo vivo.

Carlota usaba conmigo una amabilidad corriente. Me recibía con un buen talante como si yo no hubiera sido un profesor declinado a la máxima infransigencia en la conjugación del terrible verbo *empezar*.

—¿Es usted el nuevo profesor?

—Con su permiso hablaremos en español—dije inteliendo la tarea.

—Es que yo lo permito todo a condición de que sea posible.

Hizo un mohín completamente novelesco. El kimono rojo me parecía una túnica oriental, poética; pero yo estaba más allá o más acá de la novela para valorizar aquellos momentos como propicios a la sugestión literaria.

—Mire usted—me dijo en francés de la orilla izquierda, con ese sentido práctico de las personas acostumbradas a comprar la indiferencia a altos precios—aquí me ve como algo satánico, demoníaco... No me interrumpa... Recuerde sólo que un profesor puede dejar de serlo por unos momentos, y no le parezca extraño que me desentienda del español de los libros. Yo quiero un profesor que me enseñe el habla desgarada de los gitanos, el *argot* del pueblo, la frase acorada de las coeluteras, de las azulejeras... En vez de inteliarme en esa conversación tan sabrosa, me enseñan a deletrear, a silabear y a conjugar con una corrección de docientos mil diablos. Además, venía un profesor asustadizo y quejumbroso, que me llamaba *doña Carlota*, como si fuera yo una dueña de casa de huéspedes. ¿Cree usted que hay diálogo posible cuando uno de los interlocutores dice a cada paso *doña Carlota, doña Carlota*?

—En efecto, no puede haber diálogo—contesté yo—, pero el otro profesor es de Astorga y rimó muy bien el duña con el gusto de las maitines...

El profesor astorgano era un hombre alternativamente hiponético y delirante. No me pareció oportuno hablar mal de él porque estaba ausente. De las palabras de Carlota que yo oí en el aire se dedució que el tal profesor era como buen lector de Nietzsche, tímido y asustadizo. Me dispuse a defender al astorgano cuando Carlota apuntó una frase jovial:

—Le dije que me acompañara a Sevilla, como intérprete y se asustó un poco.

—Permitame... pero, ¿cómo me parece que lo necesite usted?

—En efecto, me asusta porque habla de preso, lleva bigote y está siempre triste. Llegó a decirme que tenía un amor imposible, y que pasaba los domingos vagando como alma en pena por los cementerios de París, pensando en su poema de Astorga.

No hubo manera de hablar en castellano durante los sesenta minutos reglamentarios de clase. Quedó el verbo *empezar* para mejor ocasión y me despedí de Carlota con la penosa sensación de deber incumplido.

La discípula no me parecía una vampirisa como aseguraba el profesor astorgano que era.

Días antes me había dicho el compañero, con aire trágico:

—Carlota le flechará a usted en el saloncillo rojo, con la salamandra encendida. Cada hora de lección quiere que sea un diálogo ondulante. Carlota tiene una gracia de serpiente.

—No siga por los vericuetos literarios, porque si ha de ser cada lección una hora tonta, faltará el amor y hasta la galantería. Como falta en otras citas.

—Mi segunda lección consistió en colaborar a lo largo de una conversación muy pausada en la conjugación de cinco personas del presente de indicativo del verbo *empezar*.

—Ya estamos en el cabo de la calle—me dijo Carlota en un castellano lento, pastoso y risueño, al terminar un paraje.

—Parecía muy contenta por haber pronunciado la frase con perfecta corrección; tan contenta como un niño cuando hace una travesura complacida y le sale bien.

—Son las ocho menos veinte—siguió diciendo—, y le dejo en el haber los veinte minutos que faltan; así podrá ver a su novia.

—No tengo novia.

—¿Es posible?

—Completamente seguro.

—¿Un español más allá?

—Nada de eso; abomino la misantropía y hasta del españolismo.

—¿Y el espíritu de Carmen? ¿Y la fiel española que espera?

—Estábamos en plena novela. ¿Qué extraña mujer era aquella, que tanto gustaba de los delirios españoles a los pocos minutos de hablar con cierta cordura?

—¡Oh, la España caballeresc!—dijo con exaltación— Su prometida estará tras una reja y tendrá los ojos negros, negros como la pena...

—Eso es tanto jondo—dije yo con la vaga impresión de que Carlota era una mujer patética—. En España no me espera la novia, ni tampoco en ningún otro país. Quien me espera en el barrio de la Estrella, es la condesa Poznanowski, que está aprendiendo castellano y desea saber sesenta verbos en dos semanas, para ir a Granada con seis perros y el marido.

—Entonces son siete los perros—dijo Carlota con ferocidad.

En la tercera lección me correspondió el papel de discípulo. Carlota estaba indignada, rojamente indignada contra mí. Me enseñó unas frases españolas de traza completamente desconocida y se empeñó en hablar de la manera más pintoresca del mundo; todo para demostrarme que los españoles debíamos tener un humor ardiente, donoso y novelesco, un afán romántico sin ton ni son, algo así como una predestinación al suicidio. Los hombres necesitábamos documentos modernos nada menos que en el Gid, y las mujeres en la gitana *Carmen de Bizet*. Este con Merimée y Carnelle eran, o debían ser, nuestros faros. España era una jácara perpetua y un fandango, un ensueño puro, castaño y navajo.

—Disculpeme usted—dije yo decidido a no aceptar aquella interpretación literaria y caprichosa—pero el Gid y Carmen son tipos endomingados y yo... ¿lo traigo a los otros, a los españoles del lunes, a los del martes... Ningún país es menos sensual que España, y, sin embargo, corre de buen en buen la atribución *retrechera* y degradada del amor entre los desocupados y los degenerados, entre los partidarios del erofismo literario. Si admira usted a los gitanos, conserte que yo admiro también a gitanos y gitanas como los de *Marka*, de *Hehepin*, que cantaban himnos al sol y al agua corriente. La gitana de *Carmen* es un engendro literario y una tontería convencional.

A las dos horas compareció ante el director de la Academia que recriminó mi proceder.

—Usted se dedica a conversar con las discípulas en vez de enseñar la conjugación de los verbos difíciles.

En vano protesté con energía ante aquel hombre terrible que había hablado, sin duda, por teléfono con la diabla roja, indignada por no hallar en mí un acumulador de literatura heroica y galante.

—Tendrá que dimitir—dijo secamente el director.

—Ahora mismo, zapenco...

Y quedé en aquel preciso momento lanzado por el peligro rojo a la maravillosa y alucinadora *libertal* de París.

Se han puesto a la venta los siguientes folletos al precio de 20 cts.

«Vuestro orden y nuestro desorden»  
«Guerra o la guerra»  
de PEDRO GONI

«Entre campesinos»  
de ENRIQUE MALATRA

«La política de la Internacional»  
de MIGUEL BAKUNIN

«El sindicalismo»  
de ANSELMO LORENZO

«Ciencia y Religión»  
«Las bases sociológicas de la anarquía»  
de PEDRO GONI

## Gacetilla

Se pone en conocimiento de cuantos integran la Federación de Grupos Anarquistas de los Bajos Pirineos (Francia) que el compañero J. Isidoro, del grupo «Cultura», se entrevistó con el Comité pro presos de San Sebastián, acordándose que las 80 pesetas entregadas al compañero portugués no serán devueltas a su destino, quedando a beneficio del Comité pro presos de San Sebastián para que pueda éste cubrir sus necesidades económicas. Se publica esta nota para conocimiento y satisfacción de los interesados.

Al compañero Barlozzi preso en el «Antonio López»: la compañera e hijo están atentos por el Comité pro presos de San Sebastián.

Se pone en conocimiento de todos los Sindicatos de barberos, afectos a la Confederación Nacional del Trabajo, pertenecían o no a esta Federación Nacional de la Industria de la Peluquería y Anexos, que en virtud del traslado de domicilio nuestra nueva dirección es: Flor Alta, 10, Madrid.

Se ha constituido el grupo «Los Cósmopolitas», adhiriendo a la F. A. I.

Nos comunica la «Editorial Natura», de Logroño, que a pesar de las dificultades económicas con que se desenvuelve está ya próximo a salir, tal vez en la calle al publicar esta nota, el folleto «Puede el gobierno en su enemigo». Pédidos a «Editorial Natura», Carretera de Soria, Logroño.

«Solidaridad», de Gijón, y «La Voz del Campesino», de Jerez, mandarán cinco ejemplares a Miguel Hernández, Flor Alta, 10, Madrid.

Publicamos y recomendamos encarecidamente el siguiente comunicado de la Asociación Continental Americana de Trabajadores:

«Solicitamos de todas las publicaciones obreras y anarquistas de España y Europa el envío de tres ejemplares por número para uso de este Secretariado y para el Archivo del Movimiento Social de la A. C. A. T. Los envíos deben hacerse a nombre de: M. Villar, calle Soriano, 1433, Montevideo, Uruguay.»

«Agradecemos además a todas las publicaciones anarquistas, gremios y ocupaciones, que editen propaganda, el envío de paquetes gratuitos a Chile, a las siguientes direcciones:

Celinda Flores Castro; Correo, Bancagua, Chile.  
Julio Barrientos, Estado, 682, Bancagua, Chile.  
Gregorio Ortizar, Recoleta, 261, Santiago, Chile.

«Cada la diadura en este país, y estando los compañeros abocados a una intensa labor reconstitutora del movimiento, es preciso que se les ayude con material de propaganda adecuado hasta que, en pie materialmente las organizaciones libertarias, puedan por propia cuenta afrontar las tareas que demanda el movimiento.»

En Granada va a publicarse un órgano de la Juventud Libertaria titulado «Anarquitas». No olvidemos dirección que se nos envía por no dar camino a los sabuesos pellerinos.

«Le Libertaires» y «En dehors», mandarán dos ejemplares al Sindicato Alimentación (Ateneo), Plaza Cisneros, 5, Valencia.

Con fecha 22 de septiembre se publicó en Manresa un manifiesto firmado por una cuarentena de nombres repitiendo los conceptos contenidos en el manifiesto de Lluhi Vallsacá que sacaron en la calle *los treinta y tres de Barcelona*. Un compañero de Manresa nos envía una réplica. No hace falta publicarla. Ya sabe todo el mundo lo que representa Lluhi Vallsacá el millonario.

La Oficina Antimilitarista de La Haya dirige un llamamiento a los camaradas,

## ¿Qué es el Sindicalismo revolucionario?

Hay, en oposición al sindicalismo federalista que practica la acción directa y la lucha revolucionaria, un sindicalismo reformista?

La palabra sindicalismo, se ha generalizado tanto, y en distintas formas, que parece que quieren hacerla descender a un terreno social que quede encuadrado según el cálculo o las conveniencias de los que la pronuncian.

Es a todas luces evidente que el Sindicalismo es sólo un medio de lucha exclusivamente económico y por esta razón no representa en sí valores ideológicos; y no es, por esta segunda razón, ni extremista ni revolucionario, es la simple expresión de la lucha económica y representa, para las ideas sociales que se manifiestan en su seno y determinan sus orientaciones, lo que el capitalismo para la ideología burguesa que sirve de base al Estado.

Los sindicalistas revolucionarios, mejor dicho, los defensores del sindicalismo latino-tradicionalmente federalista y antipolítico—, se oponen—sino todos, una buena parte de ellos—a toda definición ideológica en los sindicatos, y establecen por lógica consecuencia que el sindicalismo es un movimiento aparte, una tendencia social autónoma que se basta a sí misma y tiende a realizar por sus propios medios la total emancipación del proletariado.

grupos y organizaciones simpatizantes para que se apresten a ayudar moral y materialmente a aquella, que se ve en peligro de desaparecer o de disminuir su actividad. Señala el Secretario, Albert de Jong, Haarlem (Holanda). Cheques postales a L. J. Bol Jr., La Haya, Van Hoytemastraat, 94, giro 40.534.

Recibimos un artículo del veterinario de Sevilla A. Juez proponiendo que la burocracia del Estado, se modifique por lo que respecta a enchufes y malos usos y malos. Creemos que el Estado no tiene ni puede tener enchufes, y por consiguiente dejarnos inútil el ruego de que se modifique. Las columnas de *Trabajo y Lucha* no pueden servir para hacer oposición al Estado desde un punto de vista gubernamental, sino desde un punto de vista antiautoritario y antiburocrático. «Se crearon» dice el artículo «plazas de ayudantes gratuitos en las Escuelas de Veterinaria para enchufes después como auxiliares, perpetuos en propiedad, y con sueldo por obra y gracia de la upulda dictadora.»

Estas palabras prueban la existencia de un privilegio, ni más ni menos indignante que el que representa la intrusión que no debían tolerar los profesionales como no la toleramos los obreros en nuestros organismos.

Recibimos una carta relatando la unión civil de dos compañeros. Unión civil quiere decir con intervención del Estado. No nos interesa en absoluto que se pida la intervención del Estado. Cuando hasta éste quiere independizarse de la religión, ¿cómo es posible que la mejor independencia no se la forme el compañero para unirse con quien tenga por conveniente sin más permiso que el natural de la otra parte?

Aprovechamos la ocasión para hacer constar que no deseamos recibir noticias de uniones con intervención de solapas ni ayudas; y para decir, además, que una unión es algo tan corriente y natural que no vale la pena de publicarla en los periódicos.

Algo parecido advertimos a unos soldados, quienes nos dicen que les dan mal de comer en el cuartel, que los maltratan, que a consecuencia de lo mal que comen se les infecta el cuerpo.

Nosotros creemos que no hay necesidad de pasar por esas vergüenzas. Muchos compañeros nuestros se han librado de ellas no yendo al cuartel. El que va ya sabe lo que le espera. Aun suponiendo que los soldados comieran bien, serían igualmente esclavos. Contra la esclavitud no hay más que suprimirla dejando de ser esclavo, no pidiendo que se dé bien de comer.

Hacen constar muchos de sus dirigentes—y preciso será creerlo—que por oponerse a los danzantes de la política y para defender a los trabajadores de toda maniobra absorbentista gubernamental, se ven obligados a defender previamente la independencia del Sindicalismo, dejando para más adelante sus claras, precisas y terminantes orientaciones ideológicas; pero, pese al agregado de revolucionario que se le da al Sindicalismo, existe un peligro grande: el de quedar reducido a algo así como el polo negativo de toda actividad revolucionaria o a un simple elemento de lucha gremial.

Como organización de clase, el Sindicalismo no puede bastarse a sí mismo, porque la lucha revolucionaria no se dirige únicamente contra los capitalistas, sino también, y particularmente, contra el Estado, que es la representación de todas las instituciones que sirven para asegurar el poder económico y el dominio práctico del minoritario privilegiado. El proletariado no debe tener únicamente la fuerza; necesita poseer también una concepción que le permita abocarse al profundo problema de transformar radicalmente, pero violentamente también—puesto que sin la violencia lo será imposible el triunfo—todas cuantas instituciones le crean el poder, y esto no podrá conseguirlo el proletariado organizado hasta que no esté impregnado de la idea anarquista, único vehículo que conducirá a la humanidad al término de sus padecimientos.

Toda organización que pretenda cludir en sus determinaciones las ideas anarquistas estará sometida a la influencia de los partidos políticos que más promuevan afición para las necesidades económicas, y no llegarán nunca a sacudirse el peso de sus espaldas. Si alguna vez le dejan descansar, será a condición de quedar atado a la esclava y privado de todo movimiento de libertad.

Se comprende que los sindicalistas den una excesiva importancia a los sistemas orgánicos y al desarrollo material de los sindicatos, obreros. Son conscientes con eso de «crear una nueva sociedad dentro del cascarón de la vieja», empujados en segundo paso a paso al capitalismo y copiando todas sus manifestaciones económicas, ofreciendo como solución, y a manera de un poderoso antídoto, el sistema industrialista aplicado a las organizaciones obreras. ¿Y qué es eso más que el puro sistema marxista?

Los que están poseídos de esta clase de sindicalismo industrialista, terminan por transigir en todo, sobre todo cuando puede estar en peligro lo que ellos llaman unidad y disciplina sindical. Podrán llamarse anarquistas y creer, hasta de buena fe, que anarquismo es su estrecho materialismo; pero es bien cierto que en sus concepciones

La información del tiempo presente es de tonos pesimistas, pero hay que superar todos los pánicos y todas las sombras. A pesar de todo y de todos, a pesar del terrorismo gubernamental hay más conciencias libres hoy que ayer. Cualquier tiempo pasado fué peor.

nes puramente económicas y su búsqueda de fórmulas revolucionarias terminarán por perder el camino recto que tanto se empeñan en forzar, y su anarquismo no será más que una irritación frente a los poderes del capitalismo, aunque éste sea del tipo republicano.

Hay que restar sospechas, hay que desvanecer el equívoco de algunos de nuestros militantes; decir que hay unanimidad de pensamiento en nuestra Confederación, sería negar la verdad de los hechos.

La realidad ha sido siempre nuestra fecunda para señalar errores deplorables, y con vistas a esta verdad, las fuerzas militantes revolucionarias deben volver a su verdadero plano de acción. Los sofismas lanzados por los agentes políticos hay que celsarlos con nuestros hechos. Ha de terminar el período de vacilaciones al que sometimos una reacción saludable contra las flecciones introducidas en nuestro movimiento obrero. Ha de unirse siempre en las luchas que se avellan al sentido libertario.

A. MIGUEL.

## Tierra y Libertad

Redacción y Administración:  
4.ª AGRUPACIÓN DE VIVIENDAS  
CALLE 7, NUMERO 433  
HORTA.—BARCELONA

Preelos de paquetes y suscripciones:  
ESPAÑA, PORTUGAL Y AMERICAS  
Paquete de 25 ejemplares, 2'75 pesetas,  
o sea a 11 céntimos ejemplar  
Trimestre ... .. 2'— pesetas  
EXTRANJERO  
Paquete 20 ejemplares 3'— pesetas  
Trimestre ... .. 3'50 »  
No servimos suscripciones si no se pagan por adelantado

**Muy en breve se pondrá a la venta la 2.ª edición de la hermosa alcortia**

**TOCSIN RE VO LU TIONNAIRE**

a gran formato y a ocho colores en cartulina especial, al precio de 1'50 pias. ejemplar. Pidiendo cinco ejemplares en adelante a 1,10 pias. Pago adelantado

**OCTUBRE 1909**

